



EL TAURINO

Número extraordinario.

Precio: 10 céntimos.

AÑO VI

SUSCRICION

Trimestre en Valencia. . . 3 rs.
Trimestre fuera. 6 rs.

DIRECTOR-PROPIETARIO: TEORIAS

Valencia.—Martes 8 de Junio de 1897.

DIRECCION

CALLE DE ADRESADORS, 8
Piso 1.º

Núm. 275



Julio Aparici (Fabrilo)

NACIO EL 1.º DE NOVIEMBRE 1867.

† EL 30 DE MAYO 1897.

A nuestros lectores.

Cumpliendo lo que prometimos, tenemos la satisfacción de presentar este número extraordinario, en el que más que sus méritos literarios y artísticos, muy escasos por cierto, debe verse no más que el buen deseo de esta Redacción en contribuir por cuantos medios estén á su alcance á la construcción de un mausoleo que perpetúe la memoria del tan valiente como desgraciado matador valenciano, honrando á la vez al paisano.

Julio Aparici (Fabrilo)

¡Ya no existe!

Al penoso recuerdo que entre los valencianos dejara la memorable fecha del 27 de Mayo por la desgracia del valiente *Espartero*, tenemos hoy que añadir otro no menos doloroso.

Esta fecha luctuosa nos recordará cada año la desgraciada pérdida del torero que hemos visto formarse á nuestro lado, cuya aparición en la arena presenciamos, de cuya investidura de matador fuimos testigos, y de cuya última cogida guardaremos grabados en nuestra mente por mucho tiempo hasta los menores detalles.

Como casi todos los que ponen su planta en la espinosa senda del arte, Julio, quizá más que ningún otro, pasó un largo y penoso calvario luchando con los toros y sus enemigos, que con ser numerosos, no fueron ciertamente sus paisanos los menos encarnizados.

Tanto, que bien puede decirse que su mayor desgracia fué haber visto la luz en esta tierra de flores que, madre cariñosa por lo general para gentes extrañas, ha sido en cambio siempre ingrata y cruel madrastra para con sus propios hijos, no pareciendo sino que se complazca en sembrarles de espinas su camino.

Nadie consiguió ser profeta en su tierra, dicen, pero Fabrilo llegó á ser en la suya algo más que un vulgar torero, y torero muy aceptable en la de otros, donde sin ser tan exigentes como nosotros para con sus paisanos, tal vez reúnan la condición de ser más competentes en achaques de toros y de toreros.

Ello es que, á despecho de sus enemigos, novilleó muy pronto en Valencia, Madrid y Sevilla, gustando en todas partes su trabajo, y tuvo la dicha de ver confirmada en Madrid el 30 de Mayo de 1889, por mano del gran Frascuelo, la alternativa que el 14 de Octubre del año anterior le concediera Antonio Carmona (el Gordito) en la plaza de Toros de Valencia, en esta plaza para él tan querida y que tan cara le ha sido, puesto que en ella fué su aparición primera, en ella hizo la casualidad que se doctorase, y en ella quiso su fatal destino viniere á recibir la herida que ocasionara su muerte el día mismo en que cumplía los ocho años de investidura y á los 29 y siete meses de su nacimiento, ocurrido en Ruzafa el 1.º de Noviembre de 1867.

Julio Aparici, con todos los defectos que rebuscando han encontrado en él sus paisanos, ha sido para los de fuera de casa el tipo del torero moderno, de elegante figura, con cara de mujer y alma de jabato.

Por eso cuando por vez primera se presentó en Madrid como matador de novillos, allá por el año 1887, y presencié sus temerarias faenas un conocido aficionado de la corte, dijo muy atinadamente que Fabrilo era "un torero con cara de muchacha, cuerpo de acero y corazón de fiera."

Examínesele imparcialmente bajo esos tres aspectos, y no podrá menos de convenirse en que aquel aficionado lo conoció con sola una exhibición bastante mejor que muchos de sus paisanos.

Fabrilo, lo mismo en la plaza que fuera de ella, ha vestido siempre con gran riqueza y gusto irreprochable; tanto, que como dice muy bien un escritor andaluz, sus trajes de lidia nada han tenido que envidiar á los de Angel Pastor y Mazantini, los dos toreros á quienes puede citarse como modelos de buen gusto para vestir.

Como torero no podrá decirse de nuestro paisano, al igual que de algunos otros que han figurado y figuran en los primeros puestos, que haya llegado á ser un maestro; pero tampoco podrá negarle nadie, ni aun sus más acérrimos enemigos, que ha sido uno de los pocos valientes de verdad con que ha contado el arte del toreo, porque muchos y extraordinarios actos de arrojo se

registran en su vida torera que podríamos presentar en comprobación de nuestro aserto.

Este joven matador valenciano, á quien no faltaban facultades, inteligencia y vista, tal vez debido á la pesadez de sus movimientos, ha tenido cogidas terribles y en número bastante, capaces cada una de ellas, por sus terribles consecuencias, para apagar en seco los ardores del aficionado más decidido.

Fabrilo, sin embargo, ha demostrado siempre el duro temple de su alma no desmayando ante las terribles cornadas recibidas, siendo siempre el mismo en valor y sin retroceder un solo paso.

¡Cuántos otros con bastantes menos méritos que Fabrilo, ni aún siquiera el de la valentía, ocupan en la actualidad un puesto distinguido y obtienen crecidos rendimientos en innumerables corridas!

Y esta afirmación, que podría ser apasionada dicha por nosotros, hay que tener en cuenta que no es nuestra, sino de un inteligente crítico sevillano conocido de nuestros lectores y de todo el mundo taurino con el seudónimo de *el Nene*, cuyos extraordinarios trabajos hemos reproducido más de una vez en las columnas de EL TAURINO.

Fabrilo, si no manejaba la muleta con gran lucimiento, había aprendido en cambio á defenderse con ella y remataba á conciencia muy buenos pases, especialmente con la mano derecha, que constituían en él una especialidad.

Hiriendo, poco hubo siempre que echarle en cara, ya que por regla general arrancaba desde cerca, se metía con una verdad poco usual en los matadores de su época, de donde en más de una ocasión resultaba su embroque formidable.

¿Pero qué de extraño tenía esto en quien como él poseía esa extraordinaria sangre fría para aguantar toros sin apartarse una línea de su terreno?

En quites ocupó siempre su puesto, llegando á dominarlos, no siendo el que menos ha empleado las *largas* para practicarlos, rematándolos con quietud y lucimiento.

Cierto que no pocas veces abusaba de ademanes que afeaban un tanto este trabajo; ¿pero qué diestro no tiene sus defectos?

En conjunto fué un torero aceptable, al que sólo faltó el nacer en la clásica tierra del toreo para subir más alto, á la vez que para poseer ese donaire, soltura y garbo de que alardean los toreros andaluces.

No podía nunca traerse esas hechuras; pero esa misma rigidez de cuerpo imprimida á sus faenas una seriedad y rudeza no exentas de atractivo.

A este efecto recordaremos aquí el entusiasmo con que los aficionados sevillanos presenciaron sus faenas en aquel circo con un torazo de Arribas:

"El pundonoroso diestro—dice un periódico sevillano recordándolo—procuraba echar á la máquina todo el carbón, estimulado por los aplausos que el público venía prodigando al habilidoso diestro Enrique Vargas (Minuto), que trabajaba con él.

"Cuando salió á estoquear estaba el bicho bravo y noble. Julio lo tomó desde cerca, trasteó con sosiego y arte, y así que lo vió cuadrado, arrancó en la misma cabeza, clavando el estoque hasta la bola en los mismos rubios.

"El vigoroso empuje del diestro que con terrible afán apretóse en la acometida, hizo que el puño del estoque produjera un ancho orificio, por el que salía la sangre pulverizada en las sacudidas del hipo. El público tributó al espada una gran ovación.

"Los aficionados sevillanos apreciaban bastante á Fabrilo por las muchas y buenas faenas que en esta plaza se le han visto."

Esa extremada temeridad que le ha distinguido siempre, le ha ocasionado varias cogidas, mereciendo citarse como más graves la que sufrió en Sueca á los comienzos de su carrera, en la que un toro de gran poder le alcanzó, penetrándole un asta por bajo de la barba y saliendo por la base de la boca.

En Madrid tuvo también dos cogidas de menos importancia, pero las verdaderamente graves y que le tuvieron á las puertas de la muerte fueron la sufrida en Játiva el 29 de Junio de 1893 por un toro de Peñalver, y la de Gandía el 11 de Octubre de 1894 por un toro de don José Clemente.

Julio Aparici (*Fabrilo*) ha muerto quizás en la época más propicia para recoger el producto de tantos afanes, de tantos sinsabores y de tan terribles contratiempos; y lo que es más sensible todavía, no ha perdido la vida practicando las faenas propias de su cargo, sino más bien víctima de su complacencia para con sus paisanos.

Con la desgraciada muerte de Fabrilo queda un grave cargo que hacer contra la intolerancia y exigencias de esa parte del público que encastillada en su ignorancia exige, silba ó aplaude según le inspira su estúpido capricho.

Como á otros muchos toreros, al infortunado Julio no lo mataron los pitones del toro *Lengüeto*, sino más bien las intransigencias de no pocos espectadores.

Pero como nunca las grandes masas tuvieron conciencia, lejos de sentir remordimiento con lo sucedido, mientras delante de la tumba del torero

sacrificado se arrodillarán para rezarle los suyos y los íntimos, el público seguirá exigiendo en la plaza *los maestros* siempre que los clarines anuncien la suerte de banderillas en el quinto toro.

¡El quinto! ¡Fatal recuerdo!
Los valencianos han perdido su torero predilecto, y los que inconscientemente fueron causa de su fatal desgracia, seguirán durmiendo sosegadamente sin que les atenace el triste recuerdo de que en el camposanto valenciano queda escrito sobre frío mármol el testimonio de su lúgubre capricho.

Y cuando por el transcurso de los años vaya borrándose su nombre, y esfumado el recuerdo adquiera tintes de tradición, lo olvidarán muchos de los que alguna parte tuvieron en su última desgracia; pero el verdadero aficionado, el cariñoso y leal amigo, al descubrirse ante su tumba, dirá siempre lo que puede decirse en elogio de Julio Aparici (*Fabrilo*):

—"*Aquí reposa un valiente, mártir de un público caprichoso!*"

Téngase, pues, presente, y sirva como ejemplo el desastroso fin del espada Fabrilo, muerto por un toro al ejecutar una suerte que no le correspondía.

¡Descanse en paz nuestro pobre amigo é infortunado matador valenciano!

¡Fabrilo!

Era el diestro Fabrilo un gran torero;
Su vergüenza en la lidia y su valor
Rayaban al nivel de un matador
Que hoy aplaude y admira el mundo entero.
Cuando era peón banderillero,
Honraba la cuadrilla del mayor
Coloso de su arte, y con honor
Actuó también de novillero.
Fué después un espada de cartel
Y probó su taurina inteligencia
En Méjico, en España y en Argel;
Y accediendo á una bárbara exigencia,
¡Dió su vida en su patrio redondel
Por la torpe afición que hay en Valencia!

MIGUEL PÁLLISER Y GOMILA.

Valencia.—Junio 5 del 97.

¡LOS MAESTROS! ¡LOS MAESTROS!

Este es ya por costumbre el clamoreo general en todas las corridas apenas el clarín anuncia el cambio de suerte para pasar de las picas á banderillas en el quinto toro.

¡Cuántos y cuántos habrá á estas horas, no sólo arrepentidos, sino apesadumbrados de haber unido sus gritos y protestas á los que tal pedían en el circo valenciano en la funesta tarde del 27 de Mayo!

Que el toro tenga ó no condiciones para ello, y el que los matadores se esfuercen en hacerlo comprender así á los voceadores, eso es lo de menos, porque por encima de todo, los malos aficionados, los bullangueros por temperamento, seguirán pidiendo *¡los maestros! ¡los maestros!*, sin paramientos en las observaciones experimentadas de los diestros y sin temor á las consecuencias que para éstos puedan tener sus intransigentes é injustificadas peticiones.

Y los matadores, á quienes esas masas inconscientes llaman *maestros* sin más motivo para ello que el ser jefes de cuadrilla, olvidándose de su obligación, acceden unas veces á la exigencia de poner banderillas para apaciguar el cotarro, ó se niegan otras en absoluto, convirtiéndose en este último caso los circos taurinos en nueva torre babilónica donde todos chillan y nadie se entiende.

¡Y lo que son las cosas!
Se ha dado el caso repetidas veces, y así es la verdad por regla general, que los peones encargados de banderillar saben mucho mejor que los espadas llenar su cometido en el segundo tercio, si no siempre con gran lucimiento, al menos con más seguridad, por efecto de su constante práctica.

¡Cuánta razón no asiste al conocido escritor taurino *Don Modesto* en los siguientes párrafos al tratar sobre este enojoso asunto!

Oigámosle:
"El verdadero aficionado, el que va á los toros para admirar y aplaudir al torero inteligente, debe preferir el trabajo del banderillero bueno al del *maestro*, que suele ser banderillero muy mediano, y las más de las veces matador muy mediano también.

Pues el aficionado se contagia, y aunque al principio protesta airado contra la desmedida

ambición de los pediguños, concluye por unirse al clamoreo general, y grita quizá con más entusiasmo que los iniciadores del jaleo:

¡Matadores! ¡Matadores!
Opino yo que esto, que ya podemos llamar costumbre, mal crónico—porque es un mal—ó vicio de temperamento, perjudica extraordinariamente al carácter de seriedad que siempre debe tener, aun dentro de sus naturales alegrías, nuestra clásica fiesta.

Hay diestros, y no personalizo porque no trato de zaherir ni molestar á ninguno, que toman esta *flaqueza* de nuestro público como desquite ó compensación á anteriores torpezas ó pasadas *blanduras* de voluntad.

Con un buen par de banderillas borran el mal efecto producido con una faena á todas luces censurable porque en ella no cumplió el maestro como debía, dado su justo renombre y su bien ganada fama; y esto á mi juicio no es admisible, porque no es serio.

Ocurre casi siempre que de los tres espadas que alternan en las corridas de nuestra plaza, uno de ellos, y á veces los dos, no saben poner banderillas, ya porque nunca lograron dominar los secretos de esta suerte, ya porque sentaron plaza de capitanes generales sin haber aprendido las más rudimentarias nociones de las ordeanzas taurinas.

El lugar en que, por las intemperancias de la multitud, quedan estos toreros, es muy poco lucido; vergonzoso, me atrevería á decir, si no me pareciese fuerte este vocablo.

Porque confiesan *urbi et orbe* que no merecen el calificativo de *maestros*, pues ignoran, y por eso no practican lances ó suertes que sus discípulos, su gente—como ellos dicen—ejecuta á diario, muchas veces con el aplauso de los aficionados inteligentes.

El pobre *Espartero* no accedió nunca á las exigencias del público cuando éste le pedía que pusiera banderillas.

—A mí pídame usted que mate toros—decía en cierta ocasión el infortunado sevillano—pero no me pida usted que ponga palos, porque no sé ponerlos.

—Hombre... y siendo matador...
—Usted, cuando va á comprar unas botas, ¿le obliga al zapatero á que toque los palillos?

—No.
—Pues entonces véame á mí matar toros, y deje usted que los palillos los toquen ó los pongan los demás.

Y tenía razón el infeliz.

Demos, pues, paz á la mano y contengámonos dentro de los límites que el arte nos señala. No caigamos en la monomanía del ridículo, ya que no somos parcos en censurar á otros lo que nosotros hacemos por costumbre, por *vicio de la sangre* ó por hacer algo.

No expongamos á un diestro á sufrir un desavío fuera de ocasión y lugar, que si dolorosas son siempre las desgracias en el ruedo, más dolorosa habría de ser si por nuestras intemperancias hubiese *hule* en la fiesta. Acordémonos de la frase hecha: *¡Zapatero, á tus zapatos!* y juzguemos el trabajo de la gente de trenza dentro de la especialidad que cada cual practique y á la que única y exclusivamente dedica sus facultades y atención.

Esto, precisamente esto acaba de suceder en el ruedo valenciano, donde no sólo ha habido *hule*, sino algo más serio, algo más trágico y grave de toda gravedad, puesto que á más de costar la vida á uno de los matadores de alternativa que daba vida y calor á la afición valenciana, ha arruinado á una familia entera, sumiéndola en el más amargo dolor, privándonos para siempre del torero más querido que brotara en el suelo valenciano.

¡Cuánta responsabilidad del desgraciado fin de Julio Aparici (*Fabrilo*) no se les alcanza á los que en la memorable tarde del 27 de Mayo le llevaron á la sepultura en fuerza de gritar:

¡Los maestros! ¡Los maestros!

Tributo á Fabrilo

Si valenciano fué, si fué valiente,
Si del pueblo cediendo á la exigencia
Y mirando el peligro frente á frente
Perdió, por complacerle, la existencia,

Deber de la afición es desde ahora
Dedicarle el recuerdo que merece;
No lo puede negar, porque atesora
Manantial de bondad que no decrece.

Guarde el nombre la Historia del Toreo,
Tenga el recuerdo cariñoso asilo,
Y cumplamos, amigos, el deseo
De alzar á su memoria un mausoleo
Donde su cuerpo esté. ¡Pobre Fabrilo!

CAPANEGRA.

¡Pobre Julio!

Cuando inmediatamente después de la cogida que le ha llevado al sepulcro lo sacaban herido del redondel, al ver que con la mano se despedía del público, dije para mí: ¿será la última?

Desgraciadamente mi pensamiento se confirmó.

Que á Julio se le quería en Valencia, su tierra, no hay que dudarlo, y buena prueba de ello ha sido el interés que había por conocer su estado durante su enfermedad, como también durante los días que ha estado su embalsamado cadáver expuesto al público, y finalmente la grandiosísima manifestación de duelo que se le ha hecho.

Que su muerte haya sido sentidísima, lo comprendo; primero porque su cogida ha sido ocasionada por complacer á sus paisanos en una faena que no era de su incumbencia, y segundo porque como hijo de la tierra valenciana, sabía tratar á sus paisanos y con voluntad hacía cuanto éstos le exigían.

¡Ojalá no hubiera sido tan complaciente!

¡Que como torero tenía sus defectos!

¡Quién no los tiene?

Pero lo que nunca se le ha podido negar ha sido un valor á toda prueba, á veces rayano en la temeridad; dígame la corrida del 10 de Noviembre de 1895, cuando sostuvo la competencia con Villita y el Algabeño.

Dígame si no la misma corrida en que sufrió su última cogida.

Díganlo también las muchas y graves cicatrices que en su cuerpo tenía, resultas de horrosas cornadas que le habían proporcionado los toros.

A pesar de esto, su valor nunca ha retrocedido.

Otra de las cosas buenas que siempre que se la he visto ejecutar me ha gustado en extremo, que él tenía hecha y en la que, en mi concepto, podía competir con los grandes maestros, ha sido la suerte que lo mismo á él que al también desgraciado *Punteret* los ha llevado al sepulcro.

¡La suerte de banderillas!

Descanse en paz el desgraciado Julio, que si no tuvo la energía y valor suficientes para negar á sus paisanos la faena del banderillero, le ha sobrado la valentía, hasta derrocharla con sin igual sangre fría ante la cara de los toros que ha estoqueado en su corta carrera taurina.

JUAN BAUTISTA PERIS.

Valencia.—Junio 5 del 97.

¡Pobre Julio!

Salió de la oscuridad,
Quiso llegar y luchó
Y el puesto que conquistó
Fué ganado con verdad.
Queriendo que realidad
Fuera su sueño algún día,
El valor y sangre fría
Los derrochaba á montones
Y ganó mil ovaciones
Por su mucha valentía.

Agradar á la afición
Era siempre su deseo;
Si le faltaba toreo,
Le sobraba corazón.
Hombre de tal condición
Era digno del agrado
Del sensato aficionado;
Por eso ha sido sentido
Y por todos fué querido
Este diestro desgraciado.

En la plaza era modesto,
Y además de muy valiente,
En extremo complaciente,
Pues siempre estaba dispuesto
A poner de manifiesto
Su voluntad sin disfraz,
Y ha sido por fin capaz
De la existencia perder
En aras de su deber...
¡Fabrilo, descansa en paz!

MANUEL SERRANO GARCÍA VAO.

Lengüeto

La cabeza de este hermoso toro á quien cupo la triste celebridad de arrebatarnos para siempre el torero predilecto de la inmensa mayoría de los aficionados valencianos en la memorable tarde del 27 de Mayo, pasará á la historia como recuerdo de tan doloroso suceso.

Cortada por encargo del aficionado D. Manuel Pereda, será disecada y conservada como sangriento trofeo que recuerda el desastroso fin de nuestro paisano.

El entierro de Fabrilo

Tuvo lugar el miércoles 2 del actual, superando la realidad de los hechos á cuanto de antemano pudiera fantasearse.

No podía menos de suceder así tratándose de un diestro que, aunque rudamente combatido hasta en sus más insignificantes actos por numerosos é implacables enemigos, hay que reconocer que ha sido, dentro del arte del toreo, una gloria para Valencia, puesto que, á falta de otros méritos, supo con su indiscutible valentía conquistarse un puesto á que no ha llegado, ni es fácil que llegue, torero alguno valenciano.

No bastaron los dos días del lunes y martes en que el cadáver de Julio Aparici estuvo expuesto en la capilla ardiente para que le visitaran sus paisanos, sino que continuó el desfile el día de su entierro hasta las once de la mañana, cerrándose á esta hora las puertas de la casa y tapándose luego la caja con la cubierta de ébano, sobre la que estaba tallada la imagen del Crucificado.

Las coronas que cubrían el paño mortuario contenían expresivas dedicatorias, entre las que recordamos las siguientes:

Te deseo ventura eterna.—Manuel García.

A mi querido amigo.—Su compañero Villita.

A Julio Aparici (Fabrilo).—Luis Gallardo.

A Fabrilo.—Molins, Guarnier y familia.

A mi inolvidable compañero y queridísimo amigo.—Fuentes.

A Julio Aparici.—Vicente Serrulla.

A Julio Aparici (Fabrilo).—Su amigo Francisco Cervera.

Al pie del ataúd se colocó una preciosa cruz de flores artificiales, que decía en las cintas: "Al infortunado Fabrilo.—Antonio Reverte."

Además de estas coronas se depositaron por la noche una de D. Antonio Merelo, de la Sociedad de la Industria, de varios amigos del Grao, de la cuadrilla de Reverte, de los peones de Fabrilo, una preciosa del Naverito, en cuyas listas se leía: "A mi querido amigo Julio", y otra de los picadores Soria y Melones y del banderillero Cayetanito con esta dedicatoria: "A nuestro matador". Además se colocó una cruz de flores de la familia.

Todo el día estuvieron recibiendo coronas en número considerable, y desde las cuatro de la tarde las calles por donde había de pasar la fúnebre comitiva se fueron llenando de gente.

A las cinco los alrededores de la casa mortuoria se hallaban ocupados de un gentío inmenso que sufría gustoso los empujones y pisotones de los que este medio empleaban para abrirse paso y llegar lo más cerca posible.

Por los balcones, ventanas, azoteas y tejados asomaban infinidad de cabezas humanas y los chicos subían á docenas á las copas de los árboles para verlo todo mejor, aunque con exposición de descrismarse.

En todas las calles por donde pasó la comitiva se veía una muchedumbre inmensa, y particularmente en el Mercado y calle de San Vicente, en donde el tránsito ó cruce era de todo punto imposible.

Muchas personas se habían posesionado con sus carruajes en las bocacalles, originando esto algunas protestas.

El cortejo comenzó la marcha á las cinco y media de la tarde, costando no pocos esfuerzos de varias parejas de municipales y de individuos del cuerpo de Vigilancia el abrir aquella masa de personas para dejar paso, aunque muy escaso, al cortejo.

Figuraban en primer término asilados y aposentadores de la plaza con hachas encendidas; después el clero parroquial con cruz alzada; seguía el féretro, llevado en hombros de los peones de la cuadrilla del difunto, siendo llevadas las cintas por los señores Alabau (Vicente), Merelo, Pajalarga y los cuñados del difunto señores Brú y Taboni.

El duelo lo presidían un tío de Julio, el doctor Moliner, el sacerdote señor Ipa y don Manuel García, apoderado de Fabrilo. Después seguían muchos amigos de la capital y de los pueblos de la provincia, en donde tenía muchas simpatías.

Luego iban algunos aposentadores llevando coronas, y seguía el lujoso coche-carroza del New-Funeral tirado por seis caballos negros en-

EL TAURINO

gualdrapados, á cuyos lados iban otros tantos palafreneros y detrás daban escolta dos *jockeys*, montados también en caballos negros.

El coche iba materialmente cubierto de coronas y cerraban la comitiva varios coches llevando muchas más.

Puede calcularse que asistieron al paso de la fúnebre comitiva más de 80.000 personas.

La joven viuda de Fabrilo, doña Pilar Teruel, envió un pensamiento para que se colocara sobre la caja.

El duelo se despidió en el sitio de costumbre, siendo ya las siete de la tarde, y el cadáver de Julio Aparici quedaba depositado en el nicho provisional á las siete y media.

¡Pobre Julio!

Entre los numerosos telegramas de pésame recibidos por don Manuel García, se cuentan los que siguen:

Madrid.—Acabo de regresar Aranjuez; sabido gran desgracia inolvidable Julio. Comprenderás mi pena. De veras me asocio á la vuestra.—*Cayetano*.

Jerez de la Frontera.—Reciba familia como usted mi más sentido pésame por inmensa desgracia.—*Villamarta*.

Sevilla.—Gran impresión y profundo disgusto me ha ocasionado la muerte del desgraciado Fabrilo. Ruégole sea intérprete de mis sentimientos acerca de la familia.—*José Cámara*.

Sevilla.—Lamento en el alma desgracia de mi querido compañero.—*Algabeño*.

Córdoba.—Reciba familia infortunado amigo mi más sentido pésame.—*Lagartijo*.

Madrid.—Acompaño inmensa desgracia del malogrado Fabrilo. Dios haya en su seno á tan querido compañero.—*Bonarillo*.

Teruel.—Enterado desenlace funesto infortunado compañero Fabrilo. Haga presente familia mi gran sentimiento y suplicole dedique corona mi parte. Gíreme importe Zaragoza.—*Villita*.

Barcelona.—Profunda impresión por desgracia, acompañamos familia dolor.—*Salvador y Abelardo*.

Barcelona.—Salvadora, grandísima pena. Reciban sentidísimo pésame.—*Antonio V. Alabau y familia*.

Barcelona. Enterados inmensa desgracia, asociámonos sinceramente duelo familia, deseándole cristiana resignación por tan irreparable pérdida. ¡Pobre amigo mío!—*Mario y Franqueza*.

SUSCRICIÓN

para erigir un mausoleo al espada Fabrilo.

Lo recaudado con dicho objeto por EL TAURINO durante la semana pasada asciende á 406 pesetas, siendo de esperar llegue en breve á una suma de consideración.

Queda abierta la suscripción en la Redacción de este semanario, Adresadors, 8, primero, donde se admiten donativos desde 25 céntimos ea adelante.

El producto de la suscripción se depositará semanalmente en el Monte de Piedad.



Mortal cogida de Julio Aparici (Fabrilo) en la plaza de Toros [de Valencia

¡: 27 de Mayo de 1897 !:

Lidiábase el quinto toro de la corrida, llamado *Lengüeto*, cárdeno, bragado, salpicado, de muchas arrobas, hermosa lámina y bien armado.

Reservón desde su salida, hizo en varas toda la pelea huyendo, llegando muy quedado al segundo tercio.

El público, como ya se ha hecho costumbre de algunos años á esta parte, pidió que pareasen los matadores; pero Fabrilo, conociendo de sobra las poco adecuadas condiciones que reunía *Lengüeto* para salir airoso y con el lucimiento que debe una espada en tal suerte, indicó por medio de un ademán á los que gritaban que lo haría al toro siguiente.

Se callaron un poco, pero su hermano Paco, que se había entretanto dirigido al toro con los palos, tuvo la desgracia de no clavar por verse obligado á salir en falso, con lo que se reprodujo el griterío con más insistencia que la vez primera, y aun no faltó quien soltara un naranjazo á los peones que se disponían á banderillar.

Ante tal insistencia dejó Fabrilo los trastos del matador, y tomando los palos de las manos de su hermano Paco, se los ofreció á Reverte.

Este, comprendiendo que si difícil estaba el toro para Fabrilo, mucho peor se hallaba para él, dada su manera de banderillar, rehusó muy cuerdamente acompañarle en tal faena.

Entonces Julio hizo que sus peones le corrieran el toro, que se hallaba reservón en extremo y estiraba la gaita que era un gusto, á más de conservar facultades que no aparentaba.

Fabrilo llegó al paso con los palos hasta muy cerca de la cara del torazo, que se hallaba cuadrado entre los lados 9 y 10, en los tercios, con el cuerpo casi paralelo á las tablas y mirando la cabeza al lado 11, más ó menos sesgado.

El infortunado diestro, quizá por lo muy hecha que tenía esta faena, se confió más de lo debido con el marrajo, llegando muy pausadamente hasta la misma cabeza; y decimos se confió demasiado, porque antes de llegar á jurisdicción para clavar, le marcó el toro la salida con un movimiento harto visible para que Fabrilo comprendiera que era preciso acelerar el paso para ganar la salida por la izquierda de la res, como era su propósito, ó cambiar de repente el viaje por el lado derecho y terreno de afuera.

Lengüeto estuvo atentamente observando todo el viaje del diestro, y éste, en vez de apelar á uno de los dos recursos que hemos apuntado, siguió pausado é imperturbable hasta el centro de la suerte, metió los brazos y tuvo la desgracia de agarrar un par algo abierto y un tanto bajo, lo que contribuyó bastante á su cogida, pues que abocando más el cuerpo hacia los pitones por

consecuencia de coger los blandos, y llegando ya un tanto retrasado, todavía paró algo, lo suficiente para que cuando ya casi se hallaba en la oreja izquierda del animal, y ganada por lo mismo la cabeza, no tuviera éste más que doblar el cuello y engancharle por la ingle con el cuerno izquierdo.

El desgraciado diestro fué suspendido y elevado pausadamente con dicha asta, que se corrió al vacío izquierdo y de abajo arriba; encogiéndose Fabrilo al sentirse herido, hasta que venciendo el peso de su cuerpo, dió media vuelta sobre el cuerno, cayendo de cabeza por junto al costillar izquierdo y levantándose del suelo con ayuda de su hermano Paco, que por lo oportuno y bien situado, pudo evitar la recogida llevándose al toro con el capote.

La herida que recibiera en la ingle, como de unos 15 centímetros de extensión, y que en un principio parecía no entrañar la gravedad que alcanzó más tarde, produjo su muerte tres días después, el 30 de Mayo, á las cuatro de la tarde y en medio de los más horribles sufrimientos.

Este fué el resultando de su complacencia al tomar las banderillas.

¡Descanse en paz!

Imp. de Juan Guix, Miñana, 7 y 9, Valencia.